

De las plagas bíblicas al Arca de la Alianza, los orígenes de la guerra bioquímica en la Antigüedad

¿Cuáles fueron los precedentes de las armas químicas actuales? En la Edad Antigua ya se usaban diversos venenos y agentes biológicos primitivos que eran decisivos en los conflictos bélicos. ¿Cómo eran estas armas en los diferentes pueblos de la Antigüedad?



3-10-2018 – La editorial Desperta Ferro Ediciones publica *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad* de [Adrienne Mayor](#), finalista del *National Book Award* por su apasionante biografía de *Mitrídates el Grande* y autora de *Amazonas. Guerreras del mundo antiguo*. La obra hace un extenso y estimulante repaso por todas aquellas armas de la Antigüedad que supusieron un sólido precedente de la guerra biológica y química.

Armas de destrucción masiva, ataques con ántrax, temor ante envenenamientos masivos por parte de grupos terroristas... Aunque el miedo a la guerra bioquímica puede parecer muy moderno, su uso viene ya de antiguo, como explica Adrienne Mayor, una de las historiadoras más rompedoras del mundo antiguo. Este original y riguroso ensayo revela que casi todas las armas biológicas y químicas actuales cuentan con un prototipo antiguo: flechas venenosas, agua, comida y aire emponzoñados, gérmenes y patógenos, estupefacientes y sustancias hipnóticas, armas zoológicas, elementos incendiarios... Un conjunto de armas bélicas devastadoras que supusieron enormes ventajas diferenciales en las guerras de la Edad Antigua.

Mayor continúa en *Fuego griego, flechas envenenadas y escorpiones. La guerra química y biológica en la Antigüedad* haciendo gala de su particular estilo y su incisiva capacidad investigadora. Plantea también los dilemas morales que el uso de este tipo de armas sigue suponiendo hoy. Elementos para la reflexión en una obra que nos acerca a los lejanos orígenes de una carrera armamentística que ha llevado a la humanidad a convertirse en la única especie capaz de plantear su propia autodestrucción.

El libro está **disponible desde el martes 2 de octubre**.

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 663 690 961 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

Sobre Desperta Ferro Ediciones

Desperta Ferro Ediciones es una editorial independiente fundada en 2010 por tres historiadores que decidieron hacer de su vocación, la Historia, un modo de vida y apostar por un producto cultural de calidad y en papel. Actualmente la editorial cuenta con cuatro cabeceras de revistas (*Desperta Ferro Antigua y Medieval*, *Desperta Ferro Historia Moderna*, *Desperta Ferro Contemporánea* y *Arqueología e Historia*) y desde 2015 con una línea de libros en la que han visto la luz una treintena de títulos (catálogo completo [aquí](#)). En la actualidad, Desperta Ferro Ediciones cuenta con quince profesionales en plantilla y decenas de colaboradores externos.

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA



SOBRE EL AUTOR



Adrienne Mayor es historiadora de la ciencia antigua y folclorista clásica, y desde 2006 ejerce como investigadora independiente en el Departamento de Clásicas, el de Historia y Filosofía de la Ciencia y el Programa de Tecnología de la Universidad de Stanford. Está especializada en historia antigua y en el conocimiento de la naturaleza contenido en los mitos precientíficos y en las tradiciones orales. Su trabajo de investigación se centra en los antiguos precursores de la «ciencia popular», las alternativas y sus semejanzas con los métodos científicos modernos.

Adrienne Mayor ha publicado libros y artículos sobre amazonas, guerra no convencional, miel tóxica, tatuajes en la Antigüedad, caballos de Troya en la historia y las leyendas, asesinatos con prendas envenenadas en la India mogola, topónimos relacionados con fósiles y multitud de temas en revistas académicas y de divulgación como *Journal of American Folklore*, *Archaeology*, *Natural History*, *MHQ: The Quarterly Journal of Military History* y *Foreign Affairs*, y es colaboradora habitual de la Web de historia de la ciencia Wonders and Marvels.

Los libros de Adrienne Mayor se han traducido a más de 10 idiomas y han aparecido en documentales de los canales History y Discovery TV. Ha impartido conferencias en los Museum of Natural History, Boston Museum of Fine Art, Smithsonian, Art Institute of Chicago, Getty Museum, entre otros lugares, y ha sido entrevistada en las cadenas NPR, BBC y Coast to Coast AM. Su biografía de Mitridates el Grande fue finalista de no ficción del National Book Award en 2009.

Entrevista a Adrienne Mayor (inglés)

The
New York
Times

DOSIER DE PRENSA



SE HA DICHO SOBRE EL LIBRO

«En este nuevo libro, elogiado como una iluminadora renovación de la historia militar de la Antigüedad, Adrienne Mayor no solo escruta el mito, sino también los textos de los autores clásicos y la evidencia arqueológica para demostrar que las armas biológicas y químicas estuvieron presentes en batalla mucho antes de los modernos gas mostaza, napalm y la caja de Pandora de los agentes patógenos».

The New York Times

«Revelador, Adrienne Mayor no sólo pone en orden el mito, sino también los escritos de los autores antiguos y las evidencias en excavaciones arqueológicas para mostrar que las armas biológicas y químicas se pusieron en acción mucho antes de la Edad Moderna».

The New York Times

«Una sólida e imaginativa narración... La investigación histórica de Mayor ha generado una importante contribución para llenar las lagunas con conocimiento acerca del armamento en la Época Clásica».

Newsday

«Mayor relata de manera vívida, y a veces oscura, con detalles cómicos, las diabólicas estrategias trazadas por guerreros retorcidos para fines tácticos».

Discover



Aquiles trata la herida envenenada de Tèlefo raspando sobre ella óxido de su lanza. Bajorrelieve escultórico romano hallado en Herculano. Museo Archeologico Nazionale, Nápoles.

DOSIER DE PRENSA



ÍNDICE

Agradecimientos

Prefacio a la edición de 2009

Cronología histórica

Mapas

Introducción: la guerra más allá de las reglas

1 HÉRCULES Y LA HIDRA.

LA INVENCIÓN DE LAS ARMAS BIOLÓGICAS

2 ALEJANDRO MAGNO Y LAS FLECHAS DEL DESTINO

3 AGUAS ENVENENADAS, VAPORES MORTÍFEROS

4 EL ARCA DE LA PESTE DEL TEMPLO DE BABILONIA

5 DULCE SABOTAJE

6 ALIADOS ANIMALES Y BOMBAS DE ESCORPIONES

7 EL FUEGO DEL INFIERNO

Epílogo

Bibliografía

Índice analítico

CAPÍTULO 1

HÉRCULES Y LA HIDRA

La invención de las armas biológicas

Fue nada menos que Hércules, el héroe más grande de la mitología griega, quien inventó la primera arma biológica de la que tenemos constancia a través de la literatura occidental. Cuando decidió untar sus flechas en veneno de serpiente dio el pistoletazo de salida no solo a la guerra biológica en sí misma, sino también a todas sus inesperadas consecuencias. Y es que las raíces más profundas del concepto de «armas biológicas» pueden retrotraerse muy atrás en el tiempo, hasta antes incluso de que los mitos griegos fueran sistematizados por escrito por Homero en el siglo VIII a. C. El veneno y las flechas estaban íntimamente interrelacionados en el propio léxico heleno. Así, la palabra empleada para «veneno» en el griego antiguo, *toxicon*, deriva de *toxon*, «flecha», mientras que en latín la voz para «veneno», *toxica*, se generó, al parecer; a partir de *taxus*, «tejo», pues las primeras flechas envenenadas se embadurnaban con el letal zumo de las bayas de dicho árbol. En la Antigüedad, entonces, decir de una sustancia que era «tóxica» significaba, literalmente, afirmar que era «algo para el arco y las flechas».

Dioscórides, el gran médico griego del siglo I d. C., fue el primero en llamar la atención sobre la relación entre las palabras griegas «tóxico» y «flecha», aunque lo hizo insistiendo en que solo los bárbaros, y en ningún caso los griegos, recurrían a los proyectiles envenenados. Su aseveración fue aceptada en la Antigüedad de manera general y aún ejerce una fuerte influencia sobre la opinión pública moderna, como se desprende por ejemplo de las recientes declaraciones sobre las flechas envenenadas pronunciadas por Guido Majno, historiador de la medicina y especialista en las heridas de guerra en el mundo antiguo: «Este tipo de villanías nunca se dan en los relatos sobre Troya».¹

Desde la Antigüedad, las leyendas griegas sobre los grandes héroes y la Guerra de Troya fueron referidas una y otra vez debido a sus emocionantes batallas y a sus heroicas muertes,

con la era de los mitos como telón de fondo. A buen seguro, las armas típicas de la Edad del Bronce que vemos ensalzadas en la mitología (el arco y las flechas, la jabalina, la lanza, la espada y el hacha) eran capaces de desatar en el campo de batalla suficiente caos y muertes violentas como para satisfacer incluso a la audiencia más sedienta de sangre. En la actualidad, la mayoría de los autores asume que la misma idea de envenenar esas armas constituía una noción bárbara aborrecida por los antiguos griegos. Las audiencias modernas dan por sentado que los héroes como Hércules y los guerreros que combatieron ante Troya se ceñían al modo más noble y justo de lucha, el combate cuerpo a cuerpo. Esto es, sembraban la destrucción, pero manteniendo un comportamiento honorable.

Pero eso no sucedió siempre. Si estudiamos los mitos más en profundidad, descubriremos datos significativos sobre otras formas de combate menos nobles, o incluso abiertamente antiheroicas, también presentes entre las raíces de la cultura occidental. Los conflictos míticos están repletos de traiciones de todo tipo y algunos de los adalides más gloriosos de la mitología clásica esgrimieron en uno u otro momento flechas y lanzas envenenadas en secreto. Estas estrategias moralmente equívocas ordenadas para la eliminación de los adversarios se han visto por lo general oscurecidas ante los extraordinarios personajes que las pusieron en práctica y sus emocionantes aventuras. Pero, en cuanto echamos una ojeada por los rincones más oscuros que se esconden bajo la alfombra de la mitología, el rastro de las argucias más infames y el sufrimiento más atroz provocado por las armas envenenadas comienza a emerger.

En este sentido, dos famosos mitos helenos, la historia de Hércules y la Hidra y la famosa Guerra de Troya, nos proporcionarán una información crucial sobre los orígenes de las armas biológicas y las reacciones que su empleo suscitó en la Antigüedad.



Hércules y la Hidra. Hércules (izquierda) decapita las cabezas del monstruo, mientras su compañero (derecha) cauteriza los cuellos con una antorcha. A continuación, Hércules untará sus flechas con el veneno de la Hidra. Mientras tanto, Atenea, la diosa griega de la guerra (más a la derecha) sostiene las armas convencionales del guerrero hoplita, de las que, en este caso, Hércules se había desembarazado. Crátera, ca. 525 a. C., del pintor de Cleofrades. The J. Paul Getty Museum.

CAPÍTULO 2

ALEJANDRO MAGNO Y LAS FLECHAS DEL DESTINO

Los animales venenosos se sienten «muy confiados» cuando atacan, comentaba el naturalista Eliano en el siglo III d. C., y resultan odiosos para el hombre precisamente porque han sido bendecidos con unas armas tan poderosas. Basándose en sus propias observaciones de la naturaleza, Eliano infirió que Hércules y otros héroes griegos discurrieron la idea de envenenar sus flechas al contemplar a las avispas zumbando sobre el cadáver de alguna serpiente. Y es que, en la Antigüedad, resultaba generalmente aceptado que los insectos con aguijón incrementaban la potencia de sus defensas apropiándose del veneno de las serpientes muertas y que estos reptiles, a su vez, vigorizaban su ponzoña alimentándose de plantas venenosas. Un principio similar se aplicaba a las flores dañinas como el acónito, del que se decía que extraía sus nutrientes de los vapores malsanos que manaban de los accesos al inframundo. De idéntica manera, un hombre podía amplificar el poder de sus armas aplicándoles toxinas animales o vegetales. En palabras del propio Eliano: «Hércules untó sus flechas en el veneno de la Hidra, de la misma manera que las avispas ungen y afilan sus aguijones».²

En la actualidad, mucha gente piensa que las armas biológicas y químicas son inventos que dependen de la tecnología, la toxicología y la epidemiología modernas. Pero la idea de tratar los proyectiles con sustancias nocivas se originó hace muchísimo tiempo, en el seno de las culturas precientíficas, cuyos integrantes se apercebieron de que la naturaleza había dotado a ciertas plantas con toxinas para defenderse y a determinadas criaturas con veneno para cazar y abatir a sus enemigos. La observación y la experimentación no tardaron en dar lugar a toda una serie de técnicas sencillas (y también a unas cuantas sorprendentemente sofisticadas) destinadas a incorporar dichos venenos naturales a las armas de largo alcance.

De esta forma, el hombre antiguo echó mano de toda una gran variedad de toxinas, desde el acónito hasta el veneno de serpiente, para fabricar sus flechas envenenadas. La ponzoña de serpiente, de hecho, fue una de las primeras, probablemente. Ya en la Antigüedad se creía que el viejo mito de Hércules y la Hidra era

una recreación poética de la invención histórica de las flechas untadas en veneno de serpiente; acaecida, según se creía, en el pasado más lejano. Un buen número de autores, como los historiadores Diodoro de Sicilia (30 a. C.) y Pausanias (150 d. C.) o el poeta Quinto de Esmirna (350 d. C.), asumió que las flechas de Hércules en realidad estaban «embadurnadas con veneno mortal de la siniestra serpiente de agua», un áspid bastante común en Grecia. Señalando, además, que la palabra griega *hidra* significaba «serpiente de agua», Pausanias sugería que acaso fue un espécimen extraordinariamente grande de este animal el que motivó el mito de la monstruosa Hidra.

Los antiguos tratados mediterráneos e indios sobre toxicología describen una impresionante gama de plantas, minerales, criaturas marinas, insectos y serpientes venenosos, junto con miríadas de antídotos y remedios para contrarrestarlos, algunos verdaderamente útiles y otros que hoy consideraríamos más que dudosos. En torno a 130 a. C., por ejemplo, el manual toxicológico compilado por Nicandro, sacerdote de Apolo en el templo minorasiático de Claros, enumeraba 20 especies de serpientes y víboras conocidas en el ámbito grecorromano y las describía con tal detalle que la mayoría ha podido ser identificada por los herpetólogos modernos. Es más, las crónicas antiguas refieren también con precisión los síntomas médicos de las mordeduras de serpiente y de las heridas de flechas envenenadas. En primer lugar, la necrosis se hace presente en torno a la herida, lo que provoca que rezume sangre azul oscura o negra; acto seguido, proliferan las llagas pútridas y las hemorragias, se inflaman las extremidades, aparecen los vómitos y un dolor insostenible y se experimenta un «dolor helado en torno al corazón», que culmina en convulsiones, pérdida de conocimiento y fallecimiento. Solo unos pocos afortunados sobrevivían a las flechas o a las mordeduras de serpientes venenosas, pero, en ocasiones, sus heridas permanecían supurando durante años, tal y como le sucede en la leyenda a Filoctetes.³

CAPÍTULO 3

AGUAS ENVENENADAS, VAPORES MORTÍFEROS

Sucumbir a causa de la sed es una forma terrible de morir.

El historiador griego Tucídides da cuenta del paoroso desenlace de la malograda invasión ateniense de Sicilia en 413 a. C., la peor derrota de Atenas en toda la Guerra del Peloponeso. Durante el fallido sitio de Siracusa, los atenienses se habían ocupado de destruir las tuberías que conducían el agua potable al interior de la ciudad, una táctica común en la guerra antigua. Pero las tornas cambiaron y los siracusanos contraatacaron con las mismas armas, persiguiendo tierra adentro a las desmoralizadas fuerzas atenienses e impidiendo en todo momento que tuvieran acceso a ninguna fuente de agua. Cuando el sediento ejército expedicionario, en el que ya para entonces había hecho presa la malaria, alcanzó por fin un río, el caos estalló entre la muchedumbre de delirantes soldados, que se pisotearon entre sí tratando de alcanzar el agua. Los siracusanos no tuvieron más que ganar los acantilados que se alzaban sobre el enclave y masacrar desde allí a los atenienses, que, pese a todo, continuaron bebiendo del agua embarrada, ensuciada ahora de sangre y vísceras, hasta que el río quedó estancado por la acumulación de cadáveres.

Un siglo después, en la India, el ejército griego de Alejandro Magno se vio tan atormentado por la sed que los desesperados soldados cuando encontraron un pozo saltaron a su interior sin desembarazarse siquiera de la armadura. El historiador Estrabón cuenta que los enloquecidos hombres se ahogaron tratando de beber mientras se sumergían. Sus hinchados cuerpos quedaron flotando en la superficie y corrompieron la única fuente de agua de la que disponían sus compañeros. En este caso, fueron los propios soldados griegos quienes contaminaron sus únicos suministros de agua, aunque los estrategas indios de la época conocían un buen número de estrategias para envenenar las fuentes de agua emplazadas en las rutas que habían de seguir sus adversarios.

Al fin y al cabo, cortar los suministros de agua del enemigo para obligarlo a rendirse era un método efectivo (y común) de combatir, pero la sed también podía ser explotada en beneficio propio al forzar a los oponentes a beber aguas contaminadas. De hecho, envenenar el agua era una estrategia sumamente sutil, que resultaba efectiva sobre todo en la guerra de asedio. Y otra estratagema bio-

lógica a gran escala, análoga en cierto sentido a la anterior, consistía en aprovechar con fines bélicos los terrenos insalubres: el enemigo podía ser obligado a penetrar en pantanos palúdicos y otros entornos en los que el agua o el aire malsanos le hicieran pagar un caro peaje.¹

El primer caso histórico documentado de envenenamiento expreso de una fuente de agua potable tuvo lugar en Grecia durante la Primera Guerra Sagrada. A la altura de 590 a. C., varias ciudades-estado helenas crearon una anficciónia para proteger el santuario de Delfos, sede del famoso oráculo de Apolo. En la Primera Guerra Sagrada, la anficciónia (liderada a la sazón por Atenas y Sición) atacó a la bien fortificada ciudad de Cirra, que controlaba la vía de comunicación entre el golfo de Corinto y Delfos. Cirra se había apropiado, al parecer, de parte de las tierras sagradas de Apolo y maltrataba a los peregrinos que viajaban hacia el santuario. Según relata el orador ateniense Esquines (siglo IV a. C.), la anficciónia envió una delegación para consultar al oráculo de Apolo en Delfos sobre los crímenes religiosos de Cirra. El dios respondió que la guerra total contra la ciudad era pertinente: Cirra debía ser completamente destruida y su territorio esquilmo.

Pero la anficciónia añadió a su vez una ulterior condena, siempre en nombre de Apolo: las tierras de Cirra no volverían a producir cosechas, tanto la descendencia de sus habitantes como la de sus ganados nacería deforme y toda su «raza perecería por completo». El desastre biológico descrito en la imprecación evoca una espeluznante escena de «invierno nuclear». Así pues, arrogándose los poderes divinos de Apolo para propagar enfermedades, la anficciónia destruyó la ciudad de Cirra mediante una artimaña biológica. El acontecimiento suscitaría un vivo interés entre los historiadores antiguos.

Durante el asedio de Cirra, uno de los sitiadores «discurrió un ardid». Las diversas versiones atribuyen a cuatro individuos históricos diferentes otras tantas variantes del plan. Según el estratega militar Frontino (que escribía en el siglo I d. C.), fue Clístenes de Sición, el comandante a cargo del asedio, quien «cortó las tuberías que conducían el agua a la ciudad. Entonces, cuando sus habitantes se vieron torturados por la sed, restableció el suministro de agua, pero envenenándola con eléboro». Los violentos efectos del veneno de origen vegetal les «debilitaron tanto a causa de la diarrea que Clístenes los venció».

En la narración de Polieno (siglo II d.C.), «los sitiadores encontraron una tubería oculta por la que discurría un gran caudal de agua de manantial» hacia la ciudad. Polieno sostiene que fue el general Euríloco quien aconsejó a los aliados «hacer acopio de una gran cantidad de eléboro de Anticira y mezclarlo con el agua». Anticira era un puerto situado al este de Cirra donde el eléboro crecía en abundancia. Los cirrios «enfermaron gravemente del estómago y quedaron exánimes, incapaces de moverse. Los anfictiónicos tomaron la ciudad sin encontrar oposición».²

Pausanias visitó el enclave de Cirra *ca.* 150 d. C., más de 700 años después de su destrucción. «Las llanuras en torno a Cirra son completamente estériles, y las gentes de la región no plantan árboles –dice–, porque la tierra aún está maldita y los árboles no crecerían allí». Pausanias atri-

buye el fatídico plan a Solón, el gran sabio ateniense. Según su versión, Solón desvió el canal del río Pleistos para que dejara de abastecer a Cirra. Pero los cirrios resistieron, extrayendo agua de los pozos y recogiendo el agua de lluvia. Solón arrojó entonces «una gran cantidad de raíces de eléboro en el Pleistos» y, cuando consideró que «sus aguas estaban suficientemente envenenadas, lo encauzó de nuevo hacia la ciudad». «Los sedientos cirrios bebieron del agua contaminada hasta hartarse y, como era de esperar, enfermaron gravemente –continúa Pausanias–. Los hombres que defendían las murallas hubieron de abandonar sus posiciones, aquejados de una incontenible diarrea». Incapaces de responder al ataque, los habitantes de Cirra fueron aniquilados y los hoplitas de la anfictiónía invadieron la ciudad.



Mujeres recogen agua de la fuente. Durante un asedio, los suministros de agua de una ciudad podían ser envenenados. Hidria, 520-510 a. C. Toledo Museum of Art, Fondo Libbey, donación de Edward Drummond Libbey.

CAPÍTULO 4

EL ARCA DE LA PESTE DEL TEMPLO DE BABILONIA

Uno de los incidentes más citados en los primeros anales de la guerra biológica tuvo lugar en 1346. Ese año, los mongoles catapultaron los cadáveres de sus propios soldados, infectados por la peste bubónica, sobre las murallas de Caffa, una fortaleza genovesa erigida a orillas del mar Negro e introdujeron así la temible epidemia en Europa. Tan macabro episodio ocurrió siglos antes de que la epidemiología se desarrollara formalmente, pero los científicos modernos demuestran que, incluso si los propios cadáveres no fueron el principal vector de las pulgas que propagaban la peste negra, la inhalación de los microbios de *Yersinia pestis* transportados por el aire y que permanecerían sobre los cadáveres y sus ropas podría haber provocado la variante respiratoria, fatal con frecuencia, de la epidemia. Para llevar a efecto un acto semejante de guerra bacteriológica, los mongoles tan solo necesitaron saber que la proximidad de cadáveres fallecidos a causa de una epidemia provocaba, casi con seguridad, nuevas muertes.

Aparte del resultado biológico de la actuación de los mongoles, el impacto psicológico debió de ser horrendo y el miedo, al fin y al cabo, ha sido siempre uno de los objetivos principales de la guerra biológica. Aterrorizar al enemigo constituyó el único objetivo de un incidente acaecido en 207 a. C., cuando los romanos catapultaron la cabeza del general cartaginés Asdrúbal al interior del campamento de su hermano, Aníbal. Es probable que la cabeza de Asdrúbal no acarrearía ningún agente infeccioso aparte de los simples piojos (aunque no olvidemos que los piojos pueden propagar el tifus), pero su catapultado sirvió para desmoralizar a Aníbal, que perdió toda esperanza de recibir los refuerzos que necesitaba para conquistar Italia. De manera significativa, el propio Aníbal emplearía años más tarde catapultas para arrojar víboras venenosas contra otro de sus enemigos en Anatolia.¹

Por el momento, no conocemos ningún dato que nos hable de forma explícita de episodios de catapultado de cadáveres o ropajes infectados anteriores al siglo XIV, pero la propagación intencional de enfermedades por otros métodos diversos se venía practicando desde mucho antes del asedio de Caffa. Aunque los mecanismos exactos a través de los que operaban las infecciones eran todavía un misterio, los integrantes de numerosas culturas eran conscientes de que «los miasmas repugnantes y letales» que emanaban de los cadáveres infectados por una plaga, así como la ropa y

otros objetos tocados por la víctima, podían resultar letales. Tal intuición hizo posible el uso discrecional como armas de guerra de animales, personas y ropajes infectados.

Un incidente narrado por el historiador Apiano, por ejemplo, nos muestra a un ejército sitiador derrotado por el contagio emanado de los cadáveres. En 74 a. C., el rey Mitrídates del Ponto emprendió un largo asedio de la ciudad de Cícico, a orillas del mar Negro. Los defensores del enclave resistieron con todos los medios a su alcance, desde el empleo de sogas rematadas en lazos para destruir las máquinas de asedio de los invasores hasta el vertido de brea ardiendo sobre las cabezas de estos. A medida que el asedio se alargaba, las tropas de Mitrídates comenzaron a resentirse del hambre y las enfermedades. Al final, «los cadáveres, arrojados en las cercanías sin que nadie los enterrara, provocaron una epidemia», lo que obligó a Mitrídates a desistir del asedio y huir. Aunque no está claro si los defensores extendieron la plaga de forma voluntaria desembarazándose de sus propios cadáveres o si los muertos pertenecían en realidad al ejército sitiador, el relato evidencia que el vínculo entre los cadáveres y la enfermedad se comprendía a la perfección.²

Los historiadores griegos y latinos, en efecto, demuestran una fina percepción sobre las epidemias y advierten que quienes atendían a los enfermos solían enfermar a su vez y que los cadáveres insepultos y no cremados transmitían enfermedades. Tal y como subrayaba el historiador romano Livio en el siglo I a. C., durante las epidemias «los muertos se prueban fatales para los enfermos, y los enfermos resultan igualmente fatales para los sanos». Tucídides, en su *Historia de la Guerra del Peloponeso*, describió la Gran Peste de Atenas, originada según él en Egipto, difundida por Persia y Libia y llegada a Atenas en el verano de 430 a. C. La virulenta epidemia (quizá la viruela, pero con más probabilidad el tifus, el sarampión o la peste bubónica, según las diversas teorías ofrecidas al respecto por los historiadores de la medicina modernos) acabó con más de una cuarta parte de la población de la ciudad. El propio Tucídides, que se contó entre los supervivientes de la plaga, reconoció el papel que el contacto con los enfermos había desempeñado en su transmisión.

Algunos especialistas han reparado también en que los síntomas que aquejaron a Hércules cuando agonizaba víctima del manto untado en veneno de la Hidra presentan ciertas similitudes con la sintomatología de la viruela. En la versión del mito que nos traslada Sófocles, escrita, de hecho, ca. 430 a. C., mientras la peste devastaba Atenas, el dramaturgo emplea términos médicos alusivos a las pústulas y a la propia plaga para describir el abrasador tormento provocado por la túnica del héroe. Su tragedia refleja la noción de que también la enfermedad, y no solo el veneno, podía transmitirse a través de las ropas. La misma idea fue expresada también por Cedreno, el historiador que relató la Peste de Cipriano (pandemia que se extendió entre Egipto y Escocia ca. 250 d. C.), pues, según él, la enfermedad se propagaba tanto mediante el contacto directo como a través de las vestimentas.³

En realidad, la conjetura de que las enfermedades podían transmitirse mediante el contacto con los enfermos y sus pertenencias personales se retrotrae mucho más en la historia, hasta la cultura del antiguo Sumer, en Mesopotamia. La evidencia en este sentido proviene de varias cartas reales inscritas en tablillas cuneiformes ca. 1770 a. C. y almacenadas en los archivos de Mari, un puesto avanzado

sumerio sobre el río Éufrates. Una de estas misivas prohibía a los habitantes de una ciudad infectada viajar hasta una ciudad sana, para no «contagiar a todo el país». Otra carta describía a una mujer cuya copa, silla, cama y presencia física habían de ser evitadas debido al peligro de contraer su enfermedad, que se tenía por muy contagiosa (*mustahhizu*, «continúa contagiándose o avivándose», literalmente).

El término epidemiológico moderno para los objetos que, como los vasos o la ropa, pueden transmitir patógenos infecciosos es «fómites». Resulta evidente que los principios del contagio a través de fómites y de la cuarentena se comprendían ya a la perfección hace 3800 años, pero los episodios relacionados con epidemias se narraban a menudo con el empleo de un lenguaje simbólico o metafórico y se habla, por ejemplo, de «ángeles de la muerte que golpean a los ejércitos», o de dioses que disparan sus «flechas pestíferas». Debido a esta imaginaria metafórica, a menudo los estudiosos han interpretado las descripciones de epidemias incluidas en los textos bíblicos o próximo-orientales y en la mitología griega como mera superstición, incluso cuando se basan en un conocimiento empírico y racional, como el que demuestran las cartas de Mari.⁴



El Arca de la Alianza, un cofre de madera que los israelitas tenían prohibido tocar, desató la peste en todas las ciudades filisteas por las que pasó en el siglo XII a. C. James Tissot, *El Arca pasa sobre el Jordán*. © De Brunoff 1904.

Contacto y entrevistas:

Pablo Mallorquí - Comunicación

Tel. 663 690 961 - comunicacion@despertaferro-ediciones.com

www.despertaferro-ediciones.com



DOSIER DE PRENSA

